

Las plantas del arroyo

Por el Prof. Anastasio Alfaro

Antes de cerrar este capítulo sobre las aráceas y begonias debo consignar algún recuerdo a las fuentes donde pasé las mejores horas de la vida. La finca del Arroyo, a la entrada de Alajuela, era un beneficio de café, transformado actualmente en quinta de recreo y temporadas de verano. Estaba sembrada de café y de árboles frutales, donde las ardillas tenían naranjas y manzanas rosa para hacer su desayuno; había además mangos y caña de azúcar, que eran el deleite de los escolares; pero el mayor atractivo era el arroyuelo que corre de Norte a Sur en todo el lindero de esa propiedad inolvidable.

Donde nace la fuente se reunían lavanderas de ropa y niños para tomar su baño matinal y llevar agua potable de calidad excelente, antes de establecerse el servicio actual de cañerías. Las plantas del batrancio se componían de algunos árboles de Cecropia, ortigas espinosas, patas de grandes hojas cordiformes y pocas begonias de florecillas blancas y tallo delicado, que pasaban desapercibidas entre las demás yerbas del arroyo.

El grabado que publicamos presenta una planta propia de los arroyos y aguas estancadas, oriunda de América Central, desde Guatemala hasta Colombia, especialmente en las tierras bajas del Mar Caribe. Sobre las cabeceras del río Jiménez, donde el agua susurra entre las piedras vestidas de musgos y de helechos, se ven estas plantas y otras aráceas en todo su esplendor: alguna vez pude también contemplar un tapir echado en los pantanos de aquellas llanuras, las grandes perdices levantar el vuelo, con el batir de sus alas bulliciosas o una gran serpiente de terciopelo arrastrarse por la orilla del río Jiménez; pero cuando se viaja en compañía de un cazador intrépido, como era Juan María Chávez, la emoción es doblemente satisfactoria, porque se tiene la se-

guridad de regresar al campamento con una pieza de calibre superior.

Las begonias, las palmas, las orquídeas, constituyen el traje de gala con que se visten las fuentes en los países tropicales: muchas de esas plantas soportan con resignación su traslado a nuestras habitaciones para embellecer los jardines, pórticos y casas de campo, donde el aire, la luz y el calor solar entran con libertad por todas partes. Siempre es una sorpresa agradable ver a la entrada de una casa la graciosa chirravaca, con sus grandes hojas lobuladas, que salen de un estuche cónico, como si las hubiesen plegado intencionalmente, antes de recibir la luz del sol; luego sus largas raíces adventicias tendidas para deleitarse con la lluvia y el agua de riego artificial.

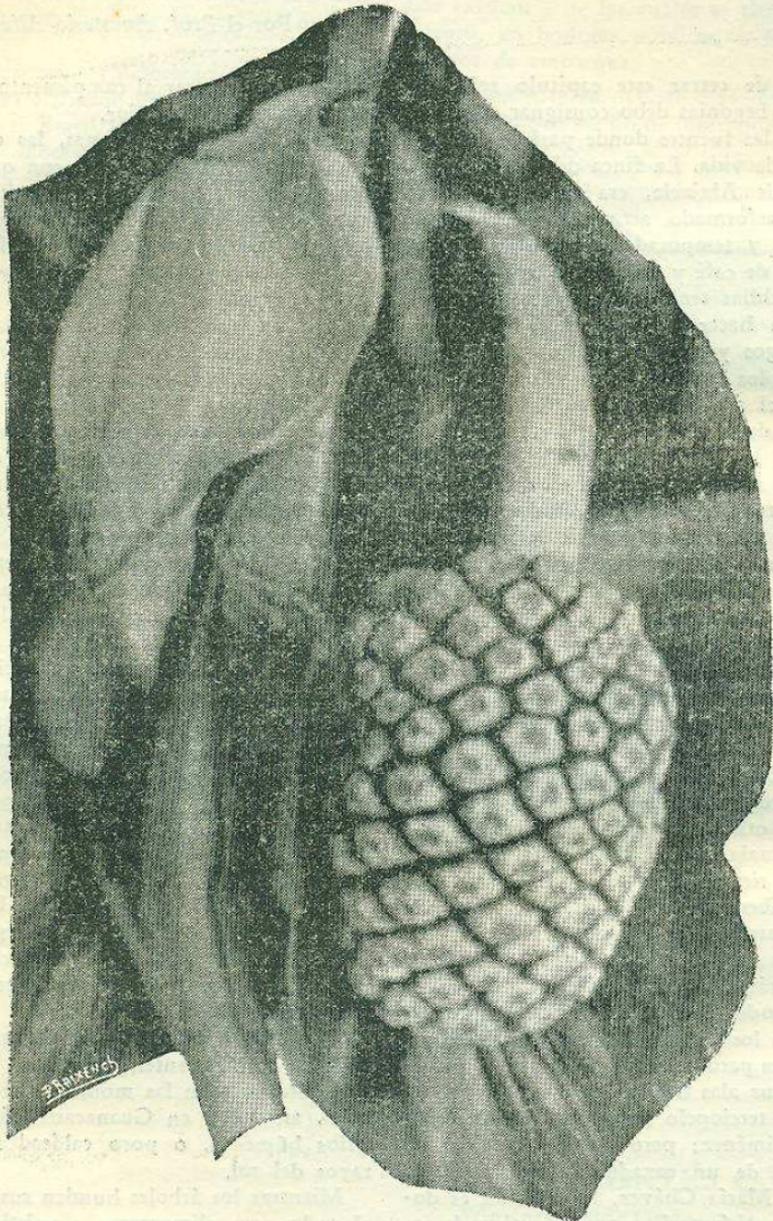
En alturas mayores de mil metros sobre el nivel del mar encontramos la *Begonia conchaefolia*, planta graciosa de largos pecíolos y hojas peltadas, carnosas, de borde regular, que no llegan a un decímetro de amplitud, con ocho nervios apenas marcados como sombras sobre la superficie lustrosa de la cara superior. Los ramos florales se levantan a veinte centímetros de alto, sobre pedúnculos rosados, que soportan dos sépalos blancos, ligeramente encarnados al dorso y tan pequeños que merecen el nombre de conchitas, con que designan estas flores diminutas. Las cápsulas fructíferas son blancas al formarse, pero luego toman un tinte verdoso, sin llegar a un centímetro de amplitud, con todo y sus dos brácteas protectoras.

Esta planta se halla en los Cerros de Candelaria, en Cervantes, sobre las faldas de los volcanes y en las montañas de San Ramón, así como en Guanacaste, siempre en sitios húmedos, o poco caldeados por los rayos del sol.

Mientras los árboles hunden sus raíces en el suelo para alimentarse y resistir el olea-

je del viento, las begonias se reclinan suavemente, como los niños, sobre el pecho de la madre tierra y se conforman con recibir el agua de la lluvia, aunque sea sobre la roca

escarpada del arroyo. Esa ternura característica de las begonias ha permitido su traslado a los jardines, donde dan el tinte suave de la Flora tropical.



Montrichardia arborescens, a la mitad de su tamaño natural

Refiriéndose a la *Begonia regia*, que tenemos en cultivo, dice un Diccionario de Agricultura: es una planta vivaz, de tallo casi nulo, con hojas grandes y pecíolo igual a su longitud, de color verde bronceado, metálico, con una ancha faja blanca, plateada, paralela al borde de las hojas, oblicuamente ovales, puntiagudas, de borde finamente dentado y, así como los pecíolos y nervaduras dorsales, cubiertas de sedas lanosas, color de vino tinto.

Entre las begonias cultivadas, semejantes a la regia, hay algunas de lámina completamente desnuda, en su cara superior; otras de borde lobulado, casi blancas, plateadas, lustrosas, con el pecíolo y nervaduras dorsales rojizas; otras color de sangre, bordeadas con sepia, siempre pubescentes en los nervios posteriores, pero desnudas y lustrosas al frente, como si el cultivo e hibridación llevaran estas plantas a la variedad interminable de formas y matices.

Tenemos en cultivo una especie de rizoma grueso, escamoso; hojas de pecíolo largo, de treinta centímetros, rojizo, pubescentes y borde lobulado, dentado, con diez nervaduras pubescentes, también rojizas, la mayor de quince centímetros de largo. El vástago floral alcanza setenta centímetros de alto: tiene pedicelos pubescentes y sépalos rosados, de un centímetro de amplitud; el ovario triangular es bastante grande, con una aleta mayor y dos de menor tamaño, todo de color rosado verdoso, protegido en su base por brácteas ovaladas pequeñas.

La *Begonia gigante* tiene un rizoma grueso y tendido, con hojas de pecíolo largo, escamoso, de cuarenta centímetros, como el diámetro de la hoja, peltada, con ocho nervios fuertes, que parten casi al centro de la hoja; su borde es regular, finamente dentado; la cara superior es de color verde, lustroso y al dorso presenta un tinte gris. El ramo floral se levanta a un metro de alto, con múltiples flores blancas, pequeñas, cuyos sépalos alcanzan apenas un centímetro de diámetro.

Cuidadas estas plantas con amor desarrollan su carácter típico de ternura, de belleza encantadora, que el estado salvaje y la lucha por la vida no les permite. Muchas yerbas del campo, como la Santa Lu-

cia, adquieren mediante el cultivo tal distinción, que llegan a presentarse con orgullo en los banquetes aristocráticos ingleses, sin acordarse que nacieron abandonadas en nuestros campos, donde nadie las miraba siquiera con afecto, como quien viene a la vida en medio de la mayor miseria. Lo mismo le sucede a las perlas y los granitos de oro, que pasan del olvido a lucir en el cuello de la princesa más seductora: todo depende de la estimación que se tenga por las cosas, así sean productos del suelo, animales o plantas, sin que las criaturas humanas siquiera se escapen de esa ley ineludible.

Una *Begonia carpinifolia* nacida a la sombra, en una casa de campo, tiene las hojas oblongo-redondeadas, de un verde intenso lustroso, con ocho nervios principales y algunas ramificaciones secundarias; en las axilas superiores aparecen dos ramitos de flores blancas, pocas en número, pero de tres centímetros de amplitud, con dos sépalos grandes y dos pétalos angostitos, todo de un blanco de nieve, hasta los pedicelos; en cambio las flores femeninas son tan pequeñas que no pasan de un centímetro, inclusive el ovario. El encanto de esta criatura delicada consiste en la armonía de las formas y en el contraste entre el color verde cristalino del tallo y de las hojas, con el blanco puro de los ramitos de flores.

La tendencia natural de todas las plantas es buscar la humedad del suelo y los rayos luminosos del aire: así las Begonias de rizoma rastrero tienen hojas de pecíolo corto; más todavía, cuando se las trasplanta y las condiciones del ambiente no llenan sus necesidades apremiantes, se inclinan al lado que les conviene, cual si suplicaran un cambio de colocación; eso ha hecho pensar en la inteligencia de las plantas.

Entre las begonias cultivadas tenemos una que no alcanza un jeme de alto: su tallo es desnudo, nudoso, de hojas seguidas, de pecíolo corto y lámina ovada, dobladas hacia arriba, en su base; su borde está finamente dentado, de color castaño rojizo, cual si estuviera ribeteado con un cordoncito de seda. Las flores rojizas brotan en pares en las axilas superiores, con dos sépalos de un centímetro de diámetro y dos

pétalos mucho más pequeños, que dan realce a la borlita de estambres amarillos; el ovario mide un centímetro de largo; la mayor aleta tiene forma redonda en su base y corte recto en la línea del pistilo. La corrugación de las hojas, su color verde lustroso, el rojo vivo de las flores, todo contribuye a la belleza de esta criatura, que merece la atención de manos delicadas y miradas de admiración.

Es interesante observar que esta misma especie (*Begonia alnifolia*) criada a la sombra, debajo de otras plantas, se levanta poco del suelo, produce muchas hojas y flores rojas pequeñas; mientras cultivada al sol, en terreno abonado y remullido, sus tallos son altos y las flores duplican el tamaño de sus sépalos, hasta alcanzar cuatro centímetros de abertura floral; el color mismo de sépalos y pétalos se aclara, llegando a un rosado blanco: tal es la influencia decisiva del ambiente, que da origen a la gran mutación de animales y plantas, en el concierto admirable de la Naturaleza.

Una de las pocas especies de tallo erecto y pecíolos largos es la *Begonia ignea*, propia de nuestra meseta central, pero que también se halla en Guatemala. Es una planta de tallo alto, ramificado, velluda por todas partes, hasta en las hojas y flores; las hojas son palmeadas, de lóbulos puntiagudos y dentados. Los ramos florales pueden tener muchas o pocas flores rosadas, de centímetro y medio de abertura, con pedicelos y sépalos pubescentes, así como la cápsula de semillas, que mide veinte milímetros de largo, con su aleta mayor de un centímetro de ancho. El botánico Adolfo Tonduz colectó esta especie, hace muchos años al borde de un arroyo, en San Juan de Tibás.

Una planta que se ha prestado a dudas entre los botánicos es la *Begonia semiovatata*, determinada a veces con los nombres de *flexuosa*, *guyanensis* y *glaberrima*. lo que indica que sus caracteres específicos no serán muy distantes en su distribución geográfica, desde Honduras hasta Panamá. En

1895 el botánico John Donnell Smith colectó esta especie en Jiménez, sobre las llanuras de Santa Clara: es una yerba anual, débil, erguida, lisa o ramificada, con hojas de pecíolo corto, pequeñas, lanceoladas, oblicuamente redondeadas en su base y de borde dentado; estas hojas son a veces pubescentes y a veces desnudas o lustrosas, sin regularidad en los dientes. Los ramitos florales salen de las axilas superiores, tan pequeños como las mismas hojas y las florecitas son pocas, de color blanco verdoso; las flores femeninas tienen cinco piezas pequeñas y una cápsula de seis milímetros de largo, con tres aletas angostas iguales. La falta de caracteres llamativos ha dado origen a la sinonimia que indicamos antes.

En busca de luz una *Begonia plebeya*, cuyos pecíolos eran de quince centímetros, casi duplicó su longitud en dos meses de estar a la sombra, lo cual nos obligó a devolverle los rayos solares para que no languidciera; todo contribuye a fortalecer la influencia decisiva del ambiente, en el desarrollo de estas plantas delicadas.

Por mucho esfuerzo que hagan las plantas para adaptarse a las condiciones artificiales que se les ofrecen, siempre echarán de menos los atractivos del arroyo en que nacieron: una arácea de hojas en forma de harpón ballenero, de medio metro de largo y la mitad de ancho, en la separación de las aletas posteriores, procura adherirse al tronco viejo que le dieron de soporte y lleva su tallo hasta tocar el suelo, pero la inflorescencia parece un pequeño quinqué con la candela del tamaño de un dedo, como si lamentara de no estar disfrutando de la fresca del bosque nativo. Hasta la gente siente apego al lugar donde nació.

Contaba el Padre González que cuando estuvo de coadjutor en Tucurrrique, hace casi un siglo, quiso llevarse para Alajuela un indio muy dócil y servicial, que le ayudaba a misa, y le pintó la vida de la ciudad color de rosa, pero el indio le contestó: no Padre, vuélvete solo, Dios que te hizo allá, El sabrá para qué te hizo, y a mí que me hizo aquí, El sabrá para qué me hizo.